

"REENCUENTRO CON LA ESMERALDA" FILMACIÓN DEL MONUMENTO SUMERGIDO

*Francisco Johow Heins
Contraalmirante*

Introducción

Muchos son, por cierto, los compatriotas que han visto a través de las pantallas de televisión, la película denominada "Reencuentro con la Esmeralda", que fue exhibida por primera vez en octubre de 1979 y que ha venido repitiéndose desde entonces los días 21 de mayo de cada año. Menos son aquellos que han podido ver esta cinta en la pantalla grande, donde es posible apreciar mucho mejor su colorido y detalles: Muy pocos, sólo algunos, son los que conocen cómo se concibió, planificó financió y filmó este cortometraje, cuyas características principales fueron —sin duda— la dedicación absolutamente desinteresada y un entusiasmo místico y contagioso que se posesionó de todo el equipo de buceadores que tuvo el privilegio de realizar la parte principal de esta gran aventura.

Me propongo, en las siguientes páginas, enfatizar esta última parte, relatando algunas de las numerosas vivencias a que dio origen esta expedición.

La iniciativa

En el curso del año 1978, la Comandancia en Jefe de la Armada concibió la idea de repetir la filmación de los restos sumergidos de la corbeta *Esmeralda*, que yacen en el fondo de la rada de Iquique, lo que ya se había intentado en 1975 en forma un poco improvisada. Esta vez se trataría de una película en colores que mostrara en forma lo más nítida y objetiva posible, cuál es actualmente el estado de conservación de este testimonio material de uno de los combates en el mar que más han impactado a los historiadores navales, no tan sólo de nuestro país, sino del mundo entero.

Una Directiva del más alto nivel entregaba la responsabilidad de coordinación general de esta tarea al Departamento de Relaciones Públicas de la Armada, la coordinación ejecutiva y apoyo logístico en Iquique a la Comandancia del Distrito Naval Norte, la dirección técnica y ejecución de la filmación submarina al Centro de Investigaciones Submarinas (CIS) dependiente de la Universidad del Norte con sede en Coquimbo, y el montaje, compaginación, guión y producción final de la película al Departamento Fílmico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Se contó, para financiar esta iniciativa, con el generoso aporte de la Asociación Nacional de Armadores y de las principales empresas pesqueras del país.

La planificación

En el mes de junio de 1978 se realizó el primer y único encuentro plenario de todos los participantes en este proyecto, en la ciudad de Santiago. Se discutió presupuestos, responsabilidades, tareas, objetivos, procedimientos y, como resultado de todo ello la programación de fechas críticas. Mencionamos sólo las más relevantes:

- a) Ubicación y levantamiento topográfico de la *Esmeralda*: setiembre de 1978;

- b) Planificación de la filmación submarina: octubre de 1978:
- c) Filmación: noviembre de 1978;
- d) Revelado, montaje, guión y producción de la película: diciembre de 1978 a abril de 1979;
- e) Exhibición de la película a todo el país por TV Nacional el 21 de mayo, al cumplirse el primer centenario del combate naval de Iquique.

Los preparativos

La primera etapa, anteriormente mencionada, se cumplió con ciertos contratiempos y demoras. Costó un poco ubicar el pecio, ya que la boya *Esmeralda* señalaba su lugar en forma muy aproximada. Cuando se logró ubicar el casco, nos dimos cuenta que para preparar la filmación había que, previamente, despojarlo de las numerosas redes pesqueras que, con el correr de los años, se habían enredado en él cubriendo gran parte del castillo y bauprés. Esta no fue tarea fácil y consumió un mes más de lo planificado.

No puedo dejar de mencionar aquí mi primer contacto con la *Esmeralda*. Aclaro que como buzo autónomo aficionado nunca había descendido a más de unos 15 metros de profundidad. Pues bien, un día de octubre de 1978 tomé la decisión de bajar con los buzos que cumplían la tarea de reconocimiento y despeje de redes. Como se sabe, el traje térmico de neoprén tiene mucha flotabilidad, lo cual obliga al buzo a lastrarse con un cinturón con plomos, de los cuales se requiere normalmente entre 7 y 9 kilogramos para lograr una flotabilidad neutra o ligeramente negativa. ¡Una cosa es sumergirse a 10 o 15 metros, y otra muy diferente bajar a 40 metros! La fuerte presión de agua a esa profundidad —casi cuatro veces mayor que la atmosférica— aplasta el traje de neoprén y le quita gran parte de su flotabilidad. En ésta, mi primera bajada, fui descendiendo cada vez más rápido hasta quedar montado a horcajadas sobre el palo trinquete, que se encuentra tumbado sobre la borda del castillo hacia la amura de estribor. La tremenda emoción que sentía al ir bajando al encuentro de esta reliquia sumergida, sumada a mi inexperiencia en buceo a esta profundidad, me había hecho olvidar el uso del salvavidas compensador, cuya finalidad es precisamente compensar esta pérdida de flotabilidad inyectándole aire desde las botellas con una manguera especial. Me tomó algún tiempo reponerme del susto de sentirme literalmente adherido al palo trinquete y poder recobrar una flotabilidad neutra. En mis bajadas sucesivas tuve buen cuidado de usar el salvavidas compensador en forma gradual, a medida que aumentaba la profundidad.

La etapa de planificación incluía la adquisición de los equipos para el trabajo de filmación bajo el agua. Se comisionó al director del CIS, Dr. Alfredo Cea Egaña, para que viajara a los Estados Unidos y comprara estos implementos: trajes de buceo y botellas de colores vivos, equipos de comunicaciones subacuáticas, equipos de fotografía y cine submarinos, películas a colores de alta sensibilidad, equipos de iluminación bajo el agua, profundímetros, etc. Todo esto se cumplió en forma impecable entre el 13 de octubre y el 10 de noviembre de 1978. No obstante, surgieron problemas no previstos que atrasaron en forma considerable la llegada de los equipos al país. Hubo numerosas desinteligencias en la recolección y remisión a la Misión Naval en Washington de los equipos adquiridos en diversos puntos, tanto de la costa oriental como occidental de Estados Unidos. ¡Hasta se pretendió esgrimir la Enmienda Kennedy para tratar de justificar los atrasos y envíos erróneos e incompletos por parte de una compañía proveedora! Resultado de ello fue que sólo se pudo contar con este material en el país, en forma incompleta, a comienzos de marzo de 1979, con más de tres meses de atraso respecto de la planificación original de

fechas críticas. Se decidió no esperar más e iniciar cuanto antes la filmación en la rada de Iquique con los equipos disponibles.

La filmación

Por fin, el 12 de marzo de 1979, prácticamente con cinco meses de atraso por causas ciertamente no imputables a los buceadores, se logró constituir el equipo humano y material en Iquique, para iniciar la filmación.

Quedaban todavía complejos problemas por resolver, uno de los cuales era nada menos que alimentar con energía, desde la superficie, dos focos submarinos de 1.000 vatios cada uno, sin contar con equipos electrógenos portátiles adecuados. Se dispuso fondear al cazasubmarinos *Papudo* sobre el casco de la *Esmeralda* y sujetar su popa mediante una codera de alambre, a fin de que permaneciera lo más inmóvil y próximo posible al casco sumergido. De otra manera, los cables eléctricos, de por sí ya largos, gruesos y pesados, no nos permitían recorrer con los focos encendidos todo el contorno e interior de la *Esmeralda*. Al mismo tiempo, había que tener sumo cuidado en no dañar con anclas, cadenas o el alambre de codera los restos del pecio. Después de varios intentos, el comandante y tripulación del *Papudo* lograron ubicar el buque en el mejor lugar posible. Allí permaneció por dos semanas, como nuestro buque de apoyo.

Aun a riesgo de herir la modestia de los buceadores que participaron en esta empresa, no puedo menos que mencionarlos por sus nombres como un tributo al increíble entusiasmo, sacrificio personal, entrega total a la tarea, sin esperar retribución material alguna y, por qué no decirlo, plena disposición a aceptar los riesgos que significa no contar sino con equipos muy precarios de descompresión y primeros auxilios en caso de accidentes de buceo.

Alfredo Cea, su esposa Patricia, Pedro Jarpa, Patricio González y Orlando Becerra venían del Centro de Investigaciones Submarinas en Coquimbo. El Distrito Naval Norte sólo contaba, a la sazón, con dos buzos profesionales: el suboficial Guillermo Hennigs y el cabo 2º Víctor Gálvez. Era casi imposible pretender cubrir todas las tareas bajo el agua con tan pocos buzos. El suboficial Hennigs debía —necesariamente— supervisar el trabajo desde la superficie y atender con prontitud cualquier accidente o contingencia, considerando su gran experiencia profesional como instructor de buceo. Alfredo Cea llevaría la cámara filmadora; se necesitaba al menos tres iluminadores para manejar las dos lámparas de 1.000 vatios, alimentada por cable desde el *Papudo*, y otros cuatro faroles de 150 vatios cada uno, montados en parejas. Alguien, en lo posible dos personas, tenía que preocuparse de arrastrar y guiar el pesado cable eléctrico, evitando que se enredara en el casco o en la superestructura de la *Esmeralda*.

Providencialmente, mientras repartíamos las obligaciones entre los buzos, Alfredo Cea reconoció en la vía pública a dos antiguos discípulos suyos que se encontraban casualmente en Iquique, contratados para efectuar trabajos submarinos para una empresa pesquera. Se trataba de los buzos profesionales particulares Carlos Aguirre y Eduardo Matus. Al solicitarles su concurso y ayuda, se sumaron gustosos al equipo. Sólo se les pudo ofrecer, en retribución, alojamiento y comida en dependencias del Distrito Naval Norte.

Hasta el día de la llegada del avión CASA de la Aviación Naval, que traía a Iquique a Alfredo Cea y su equipo, mi participación en el proyecto se limitaba, como ya está dicho, a la coordinación ejecutiva y apoyo logístico con los medios de que disponía el Distrito Naval Norte. Fue entonces cuando Alfredo me pidió que lo acompañara como "actor", junto a Patricia, para darle vida a la filmación de los restos materiales de la *Esmeralda*, con la

presencia, en la película, de una pareja de buceadores. Y así se gestó mi participación en esta tan honrosa como emocionante aventura.

Los próximos doce días fueron francamente agotadores. A las 10:00 a.m. nos reuníamos en el muelle, y durante el trayecto en lancha al *Papudo* planificábamos el trabajo de la sumergida. Alfredo dibujaba en un pizarrón el trozo del casco que filmaríamos y todos memorizábamos los movimientos que cada uno debía hacer en los escasos 25 minutos que podíamos permanecer en la *Esmeralda*. Cumplido este plazo debíamos subir hasta tres metros de profundidad e iniciar una etapa de descompresión de seis minutos. En la tarde, alrededor de los 15:00, repetíamos la sumergida, esta vez por sólo quince minutos, con los mismos seis minutos de descompresión a tres metros. Ello, por problemas de nitrógeno residual en la sangre, según lo señalan las tablas respectivas.

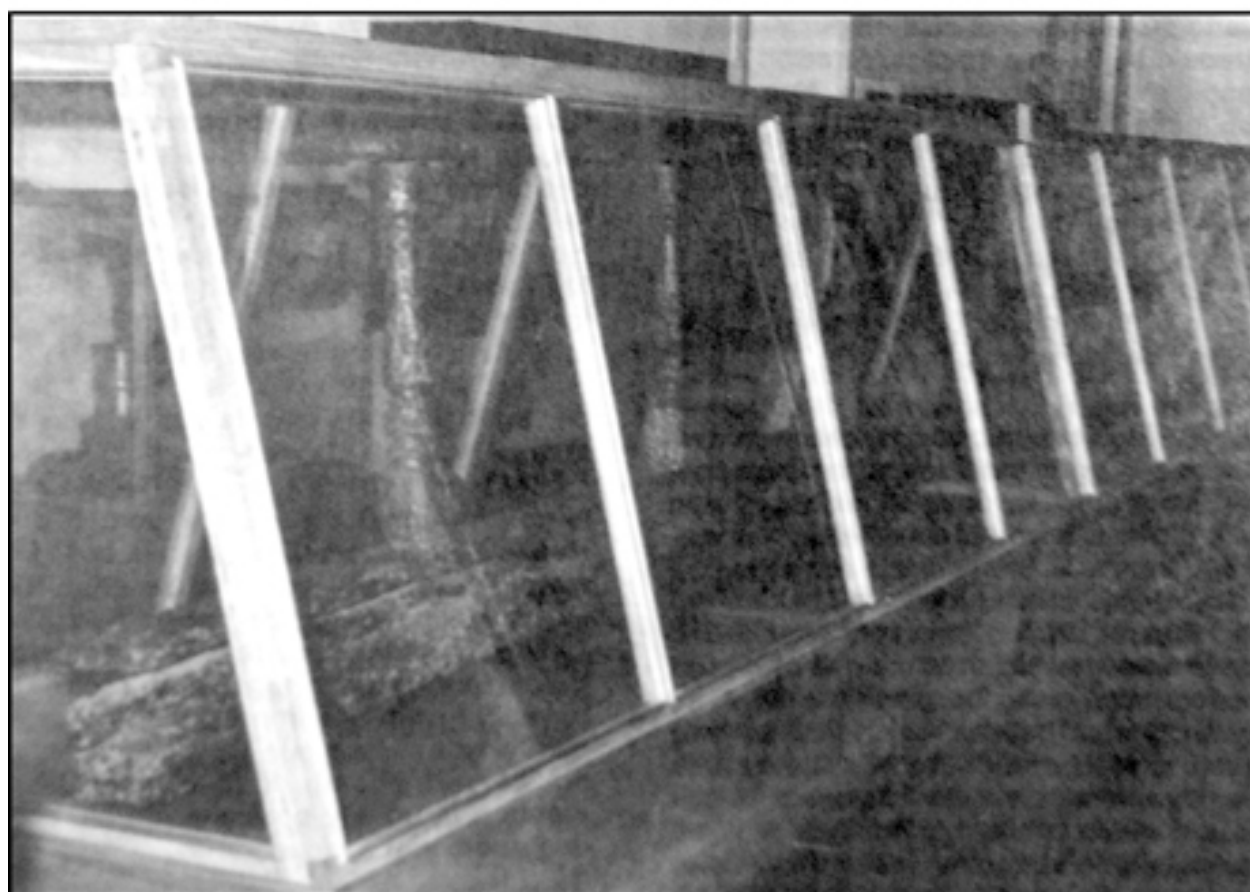
Al cabo de doce días, mañana y tarde, habíamos logrado filmar unos 150 minutos de película, con éxito y resultado aún inciertos, entre otras razones, por la muy precaria y variable visibilidad debida a la poca transparencia del agua en ese mar tan rico en materias orgánicas y nutrientes. Durante todo este periodo sólo tuvimos, afortunadamente, dos situaciones delicadas que no alcanzaron a constituir reales emergencias. La primera le sucedió a Alfredo Cea, quien —después de una pesada sesión de buceo matutino— se recostó a descansar en la lancha durante el trayecto de la boya al muelle. Antes de desembarcar, para despabilarse, sacudió violentamente la cabeza, con lo cual se provocó, sin querer, un serio problema en el oído medio, el que se tradujo en fuertes mareos, rotación de las pupilas y continuos vómitos. Nos vimos obligados a llevarlo al Hospital Regional, donde el médico que lo atendió insistía equivocadamente en que se trataba de una enfermedad de buceo. A los dos días de reposo absoluto, durante los cuales Alfredo fue reemplazado en su papel de camarógrafo submarino por Carlos Aguirre, el problema se superó totalmente. A Patricia le sucedió también un percance que pudo tener las más graves consecuencias. Se le desprendió el cinturón con plomos, encontrándose ella en un entrepuente de la *Esmeralda*, a raíz de lo cual, partió hacia arriba. Afortunadamente logró situarse bajo un bao y permaneció atrapada en esa posición hasta que otro buzo concurrió en su auxilio, recogiénole el cinturón, que se hallaba varios metros más abajo en el fondo del casco. De haber salido violentamente a la superficie desde 40 metros, debido a la brusca pérdida de peso, no quiero siquiera imaginar las consecuencias que para ella pudo haber tenido este accidente.

Algunas anécdotas

En la etapa previa a la filmación, mientras recorríamos la *Esmeralda*, para identificar los sectores y objetos que más adelante captaríamos con la cámara, escarbando en la capa de sedimentos depositados sobre el fondo del casco aparecieron unas tablillas curvas que identificamos como parte de la rueda de gobierno, la cual fue destrozada junto a los cuatro timoneles por un proyectil de la batería principal del *Huáscar*, disparado en el momento del tercer espolonazo. Las tablillas mostraban la inscripción—en letras de bronce—VICTORIA, que formaban parte del lema GLORIA Y VICTORIA, y el número 54, correspondiente a la fecha de construcción del buque (1854). Subimos estas y otras reliquias, tales como lozas, un pomo de espada de Oficial, munición menor, parte de un yatagán, etc., a la superficie, para limpiarlas y tratarlas adecuadamente para evitar su destrucción al contacto con el aire. Más tarde, las pusimos en un canasto metálico y las bajamos a la *Esmeralda* para filmarlas sostenidas en la mano de los "actores", simulando hallazgos del momento. Al término de la filmación correspondiente, ya en superficie, constatamos con gran consternación que las tablillas no estaban en el canasto al cual habían sido devueltas. Uno de nosotros dijo que le



OFICIALES DE LA "ESMERALDA" EN LA TOLDILLA DEL BUQUE (1861), DESTACÁNDOSE LA BARANDA QUE FUERA RESCATADA EN 1979. (EL CIVIL AL CENTRO DEL GRUPO ES DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA)



BARANDA RESCATADA DEL FONDO DEL MAR Y EN EXHIBICION EN EL MUSEO NAVAL DE IQUIQUE

parecía haber divisado algo que se escapaba de su interior hacia la superficie. ¡Habíamos olvidado que las tablillas limpiadas y tratadas con líquidos especiales habían recuperado su flotabilidad! De inmediato montamos una rebusca con todas las embarcaciones disponibles, pero con ínfimas esperanzas de encontrarlas en la superficie de un mar algo encrespado con el fresco viento reinante. Después de larga e infructuosa búsqueda, un bote que se había alejado en dirección a la boya Esmeralda, la cual —como ya se dijo— no está en el lugar exacto del pecio sino a unas 200 o más yardas de distancia, encontró las tres tablitas flotando pegadas al casco de la boya. El hecho nos impresionó profundamente. Nos parecía que estas pequeñas reliquias se hubieran dirigido intencionalmente a la boya y permanecido allí para que pudiéramos recuperarlas.

Pero mucho más nos impresionó, no sólo a los que participamos en la filmación, sino también a toda la tripulación presente en el *Papudo*, el episodio de la baranda. Por fotografías que se conservan en el Museo Naval en Viña del Mar, es posible apreciar que la toldilla de la *Esmeralda* limitaba hacia proa con una gran baranda que corría de una banda a la otra, y cuyo pasamanos se sustentaba en seis soberbios pilares tallados en madera. Esta baranda marcaba el lugar preciso de mando del buque, y no es difícil imaginarse al comandante Arturo Prat apoyado en ella mientras gobernaba a su "vieja mancarrona".

En algunas de las numerosas sumergidas a que dio lugar la filmación nos pareció descubrir, casi completamente cubierta por sedimentos, parte de esta baranda caída y arrinconada en el ángulo que forman la cubierta de la toldilla con su borda de babor. Recuerdo que hicimos comentarios sobre este hallazgo, entre sucesivas sumergidas, y que observábamos copias de las fotografías más arriba mencionadas, una de las cuales muestra a Benjamín Vicuña Mackenna posando con todos los oficiales del buque apoyados en esta baranda, fotografía tomada en Lota en 1861. Discutíamos que, de encontrarse entera, esta baranda constituiría sin duda una de las más preciadas reliquias contenidas en la *Esmeralda* sumergida, por su indiscutible asociación con la figura de Prat dirigiendo desde ella el combate.

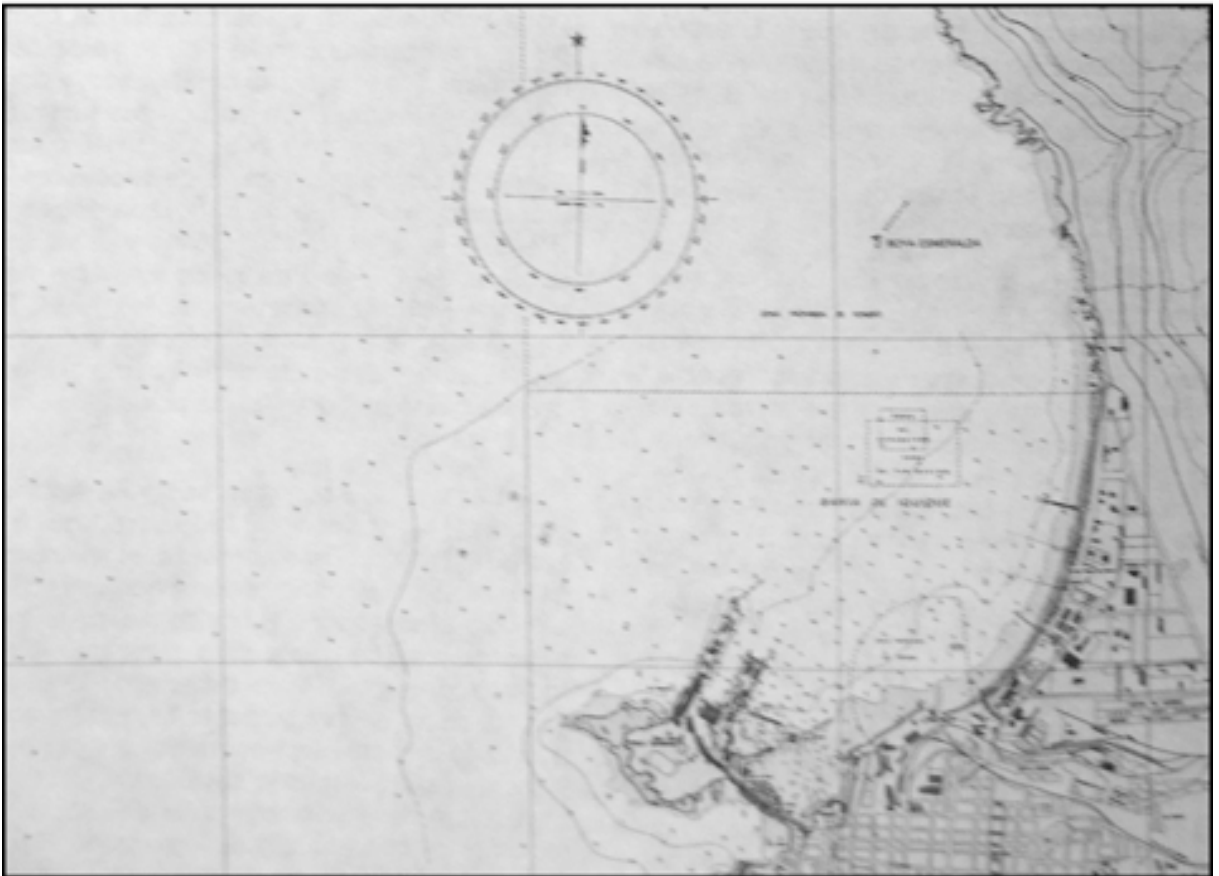
El día 26 de marzo de 1979, habiéndose dado término a la filmación durante la víspera, decidimos bajar todos por última vez, para, a modo de despedida, poder recorrer individualmente y con entera libertad este inolvidable monumento sumergido, tomar fotografías y repasar, sin apremios ni obligaciones específicas, los sectores y objetos que más nos interesaron. Extrañamente, eso fue el único día, en varios meses de numerosas visitas al pecio, que nos fue posible, mientras descendíamos, abarcar con una sola mirada al buque entero, de proa a popa, en todos sus gloriosos 61 metros de eslora. Hasta entonces, la visibilidad existente rara vez permitió apreciar objetos a más de 10 o 15 metros. Nos parecía que la *Esmeralda* había querido mostrarse a nosotros, a guisa de despedida, en todo su majestuoso esplendor, de pie sobre el fondo marino, levemente escorada a babor. Fueron maravillosos 25 minutos en que nos señalábamos mutuamente detalles no advertidos en sumergidas previas.

El último en salir a la superficie fue el cabo Gálvez, quien tenía la misión de desamarrar un grueso cabo sujeto a un pesado huinche que se encuentra a algunos metros por la popa de la *Esmeralda*, en el fondo marino. Esta cabo, que en la superficie estaba unido a un boyarín, nos había servido para bajar por él al casco sumergido durante toda la filmación. Ahora debía ser retirado para evitar que buzos no autorizados pudieran servirse de él para visitar el pecio.

Cuando Gálvez subió a la lancha PM-1, llevando en su mano un extremo del cabo, nos confidenció que con el otro extremo había estrobadado la baranda por su centro. Con sumo



CUBIERTA DE LA "ESMERALDA", VISTA DESDE TOLDILLA (1861)



PLANO DE LA BAHIA DE IQUIQUE

cuidado e intensa emoción, comenzamos entre todos a cobrar del cabo, temerosos que la baranda se desintegrara bajo su propio peso después de haber permanecido cien años sumergida y expuesta a la acción destructiva del agua de mar. Cuando pudimos divisarla entre aguas, a poca profundidad, y aparentemente completa, avanzamos con la PM-1 a velocidad mínima hasta el costado del *Papudo*, y continuamos izándola con uno de sus pescantes. El momento más crítico se vivió cuando salió del agua cargada de moluscos e incrustaciones de la más variada especie. ¡Pero no se quebró! Llegó sana y salva a la cubierta del *Papudo*, en todos sus ocho metros y veinte centímetros de longitud. El entusiasmo a bordo era enorme y contagioso. Quien tuvo a mano una cámara fotográfica quiso inmortalizarse posando junto a la baranda.

Mientras, el sol recién se había sumergido bajo el horizonte y la luz crepuscular era aún intensa. De improviso alguien señaló hacia un extraño fenómeno luminoso a media altura sobre el horizonte, próximo al punto en que había sido el ocaso. Asemajaba una gran bola de fuego, la que poco a poco, se fue transformando en dos trazos de intensa luz, horizontales y paralelos entre sí, levemente separados. Absortos estábamos aún contemplando este raro fenómeno, cuando alguien exclamó: "¡El comandante Prat vino a llevarse su baranda!". Puedo asegurar al lector de esta crónica que a las cerca de treinta personas que estábamos en cubierta, se nos puso la piel como "carne de gallina". No encuentro otra expresión que mejor describa nuestra sensación en ese instante.

El extraño fenómeno celeste se mantuvo en el horizonte por más de quince minutos y sólo desapareció mientras nos dirigíamos de regreso al muelle en la lancha PM-1, de la Gobernación Marítima de Iquique.

Comentarios finales

Los numerosos rollos de la película submarina fueron enviados al Departamento Fílmico de la Universidad Católica, el cual los remitió —para ser revelados— a Estados Unidos. Posteriormente fueron seleccionadas las mejores tomas y luego compaginadas, y se les agregó el guión y dibujos ilustrativos que permitieran al espectador formarse una idea global y de conjunto del actual estado de esta fabulosa reliquia histórica sumergida. Creo que todos los que participamos en la filmación nos sentimos un poco defraudados de que las dos y media horas de película filmada bajo el agua terminaran en un corto metraje de escasos veinte minutos. Sin embargo, nos consolamos pensando en que los técnicos saben lo que hacen y lo que le agrada ver al gran público destinatario de la película.

Finalmente, en octubre de 1979, todavía en el año del centenario de nuestras glorias navales, todos los chilenos tuvieron la oportunidad de ver por televisión la película denominada "Reencuentro con la Esmeralda".

Esta inicialmente, que contó —como dije inicialmente— con el generoso aporte de las empresas del sector marítimo para su financiamiento, tuvo un costo aproximado de 24.000 dólares en equipos de filmación y buceo, incluidos los gastos del viaje a Estados Unidos para adquirirlos. A esto debe agregarse los costes de revelado, montaje y producción, incluidos los honorarios de diversos especialistas del Departamento Fílmico de la Universidad Católica de Chile, cuyo presupuesto inicial fue de aproximadamente 46.000 dólares, más IVA. Ignoro el valor final de esta etapa, pero sospecho que resultó sustancialmente mayor.

La parte más significativa, la filmación propiamente tal, sólo tuvo costes indirectos, como transporte, alojamiento y rancho para los buceadores. Creo que de lo relatado más arriba se desprende con nitidez que los integrantes del equipo de buceo se sintieron

plenamente satisfechos y retribuidos en su trabajo con el privilegio que significó para cada uno de ellos el haber podido participar en esta fascinante expedición.

Respecto a la baranda, sólo me resta agregar que ella se exhibe, como una de las más sagradas reliquias de la gran epopeya, en el Museo Naval de Iquique, ubicado en el edificio de la Aduana, el mismo que cobijó como prisioneros de guerra durante varios meses a los héroes sobrevivientes de la vieja mancarrona. Ojalá que nunca abandone ese puerto en dirección a otros museos. Nadie puede escoger el lugar de su nacimiento, pero sí el de su muerte, como lo hizo voluntariamente Arturo Prat Chacón. ¡La "ESMERALDA" y SU BARANDA pertenecen a Iquique, por mandato de la Historia!

